

Mazen Maarouf
Chistes para
milicianos

Traducido del árabe
por Ignacio Gutiérrez de Terán

Alianza editorial

Título original: نكات للمسلحين

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía del autor de Ian Dodds

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

Copyright © Mazen Maarouf, 2015
© de la traducción: Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita, 2019
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-450-4
Depósito legal: M. 776-2019
Printed in Spain

Chistes para milicianos

1. La planta de pimienta

Soñé que mi padre tenía un ojo de cristal. Al despertar, el corazón me palpitaba con estrépito. Parecía el corazón de una vaca aterrada. Y, sin embargo, sonreía. Me sentía feliz. Como si, por fin, se hubiera hecho realidad y sí, mi padre tenía un ojo de cristal. Cuando era pequeño, me regaló un esqueje de pimienta por mi cumpleaños. Un regalo extraño cuya razón de ser no llegué a comprender en aquel momento. Había disparos y ráfagas de vez en cuando, pero nos acabamos acostumbrando a ellos, lo mismo que uno termina por acostumbrarse al ruido de los cláxones de los coches. Aunque nunca llegué a comprender lo que ocurría en derredor. Algo parecido me pasaba con el esqueje de pimienta: nunca pude comprender qué llevó a mi padre a aparecer con aquella planta y dejarla allí. Lucía como dos capullos, por lo que, supuse, la cosa tendría que ver conmigo y mi hermano gemelo. Por aquella época, los milicianos estuvieron durante meses combatiendo alrededor de nuestra calle, entre el mar y el centro de la ciudad. No obstante, mi madre nos seguía mandando a la escuela, a mí y a mi hermano gemelo, sordo de nacimiento, que por el camino se apretaba a mí, temeroso.

No, no me gustó el regalo de mi padre. Lo encontraba excéntrico y odioso. Por eso no le conté nada a ninguno de los alumnos de la escuela. Pero lo cuidé, tal y como me pidió. Mi padre era planchador y regentaba una tintorería; y me enseñó a frotar los brotecillos del pimientó con un algodón y a aplicarles el calor de una vela para nutrirlos de vitaminas y hacerlos crecer. Él lo hacía con sumo cuidado. «Tienes que mimarla para que eche brotes; esta planta tiene que ser tu amiga», me explicaba. El proceder de mi padre me hizo comprender que en cada una de esas protuberancias había un alma y que yo tenía que protegerla costase lo que costase. Ésa era la pequeña misión que se me había encomendado en medio de toda esa guerra. A veces, cuando los combates se recrudecían y los milicianos echaban mano de armas pesadas como morteros y lanzacohetes, mi madre y mi hermano, aterrados, se tiraban al suelo en el pasillo, entre el salón y el baño y la cocina, mientras yo permanecía de pie junto al teléfono, el punto de la casa más expuesto a los francotiradores, con una vela en la mano, alumbrando la planta de pimientó, convencido de que las almas de mi hermano, mi padre, mi madre y yo mismo también residían en esos vástagos que iban creciendo; y que así ninguno de nosotros moriría, en especial mi padre, que no volvía a casa hasta la tarde. De ese modo, comencé a intimar con la planta de pimientó, a sentir más afecto hacia ella, aun cuando en un momento determinado dejé de regarla con agua y me dediqué a lanzarle escupitajos. Mi madre llevaba un tiempo diciendo que el agua era muy escasa y la gente se moría de sed. Sus palabras me llenaron de temor y decidí que, mejor, me bebía yo el agua, en la creencia de que beber agua hoy me quitará la sed de mañana. No sólo eso, pensaba que regarla con mi propia saliva contri-

buía a hacer más estrecha nuestra relación. Hasta que un buen día mi madre me vio y se lo contó a mi padre cuando regresó del trabajo.

Ésa fue la primera vez que me azotó con el cinturón. Estaba enfadadísimo, tanto que yo apenas si daba crédito: ¿toda esta ira por escupir en un pimiento? Hasta el punto de que pude ver a mi hermano sordo cerrar los ojos con fuerza y estremecerse cada vez que el cinturón me laceraba la piel. Cuando acabó y se fue, me acerqué a la planta, entre sollozos, tratando de discernir, con ojos inundados de lágrimas, cuál de aquellos botones sería el espíritu de mi padre. No me costó mucho; escogí el más grande de todos, lo arranqué de forma vil y lo pisoteé con saña.

2. Saltamontes

En la escuela, los alumnos disputaban entre sí para demostrarse, unos a otros, que a ellos los zurraban más que a nadie. Historias que describían la fuerza desmedida del padre en el seno del hogar. Y es que para nosotros, durante la guerra, no existía asunto más importante que el de la fuerza. Mi padre no ocupaba la cúspide de aquella pirámide de padres poderosos, por supuesto, porque no había sido capaz de imponer el castigo más cruel. Pero les conté cómo me azotó con el cinturón. Y cuando me preguntaron la razón, les mentí. No les dije «Por escupir en la planta del pimiento», sino que me inventé una historia en la que yo había hecho una auténtica temeridad. Algo fabuloso, propio de la estirpe del mismísimo Hércules. «Me tragué toda la caja de Valium de mi madre y mi padre se puso a darme azotes hasta que vomité todas las pastillas. Hasta la última.»

Pero, días después de haberles narrado mi epopeya, uno de mis compañeros en la escuela me vino a decir que había visto cómo zurraban a mi padre en la calle. «Llevaba puesto un cinturón marrón, pero no lo usó. ¿No era ése el cinturón

con el que te pegó a ti?» me dijo. «Sí», asentí con la cabeza. Mi padre sólo tenía un cinturón marrón, y ese amigo me lo había descrito con la fidelidad de quien hubiera presenciado la escena con la cabeza metida dentro de un caleidoscopio gigante. Cuando mi padre volvió, me di cuenta de que los moratones que tenía en el rostro no se debían a quemaduras producidas por el vapor de la plancha; y, para asegurarme del dolor que a buen seguro padecía, estiré el dedo y lo empujé en el más aparatoso de todos. Dormía, pero dio un respingo de dolor y apartó la cara sin abrir los ojos, aparentando seguir sumido en un profundo sueño.

En ese momento lo comprendí todo: el alma de mi padre había abandonado para siempre la planta del pimiento. Y me eché la culpa a mí mismo, porque, si no hubiera arrancado aquel brote que con tanta saña pisoteé, mi padre no estaría tan débil ahora. Ni sería tan cobarde, que era lo que más dolía.

No volvió a pegarme después de aquello, a pesar de mis constantes provocaciones. Escupí más de una vez en el pimiento estando él delante, pero no hizo nunca nada, por muy voluminoso o estruendoso que fuera el escupitajo. Tampoco hablaba mucho. Se pasaba la mayor parte del tiempo en el baño, sentado en el borde de la bañera. Yo lo espiaba a través del ojo de la cerradura. Lo veía tan desamparado, con la baba colgándole de la boca, sin percatarse de nada, que yo, desde detrás de la puerta, le susurraba, con los dientes muy apretados, como si fuera un viejo amigo que se sienta junto a él en el borde de la bañera, frente al mar: «No llores, no llores...». Al menos, no rompía a llorar, señal de que aún no se había derrumbado del todo.

Poco tiempo después, recién llegado del trabajo, con marcas de suelas de zapato en la ropa, cogió la televisión y la

puso bajo el árbol que había frente al edificio. A la televisión no le pasaba nada, pero mi padre quería que todo el mundo comprendiese: nada tenía nada que ver con la política y no le importaban las noticias al respecto. En cualquier caso, mi padre no dejó un solo día de ir al trabajo, porque su tintorería tenía el encargo de lavar y planchar la ropa de los huéspedes de un gran hotel, la mayor parte de ellos periodistas extranjeros llegados de lejanas tierras para escribir sobre la guerra en curso en nuestra calle y otras adyacentes.

La historia de la zurra que le dieron a mi padre pronto se difundió por la escuela, gracias a lo cual comenzaron a llamarme el hijo del «Saltamontes». Porque los saltamontes huyen y jamás atacan. Traté de sacudirme el mote inventándome historias de cómo mi padre me zurraba de lo lindo a mí. Por las mañanas, camino de la escuela, me tomaba mi tiempo para quemarme los brazos y la tripa con cigarros. Luego me rasgaba el uniforme, me arañaba el cuello y me frotaba los ojos con fuerza. Buscaba un callejón abandonado y me aplicaba una sesión de autotortura. A veces el dolor se me hacía insoportable. Pero, cuando llegaba a la escuela, todos los chicos me hacían un corrillo y yo les decía, apoyándome en el portón, como si estuviese a punto de desfallecer: «Ha sido mi padre. ¡Menuda zurra me ha dado! ¿Saltamontes, decís? ¡Todo lo contrario!». Pero la directora no tardó en mandarme llamar y, después de inspeccionarme las heridas, concluyó: «Me da que eres tú quien te haces todo esto», en la idea de que ningún padre mandaría a su hijo a la escuela después de dejarle el cuello magullado y quemarle la piel con cigarrillos. Luego llamó a mi madre, que vino a toda prisa y se lio a darme guantazos según salíamos de la escuela, a la vista de todos los alumnos, los cuales, asomados a las venta-

nas de sus aulas, contemplaban la escena riendo como ratones burlones.

Aquella fue la primera vez en que probé la hiel del fracaso. Y llegué a la conclusión de que debía renunciar a todo, incluido mi pequeño reino de coches Matchbox, con tal de conseguir que mi padre se convirtiera en alguien poderoso y temible. Eso incluía romper la hucha, a cuya raja tantas veces le había hablado en susurros de mis sueños. Pensaba que musitarle a esa ranura por la que se insertan las monedas haría que la hucha fuera capaz de hacer realidad cualquier sueño. Tú le cuentas tus deseos y la ranura hace que la hucha se ponga a contar todo el dinero que lleva en sus entrañas y, de paso, amolde la cantidad total a tus necesidades. Y mis sueños, en aquel tiempo, pasaban por comprar una pistola de plata de 6 mm como las que tenían, por lo menos, tres de los chicos que vivían en el edificio.

Pero ahora mi sueño era otro: comprarle un ojo de cristal a mi padre.